

(Núm. 31.)



MATRACA

DE UN ESTUDIANTE Y UNA DAMA

Est. Dichoso puedo llamar
 hoy á mis ojos,
 pues consiguen sin enojos
 ver tu cara
 tan hermosa y tan bizarra,
 que todo es un poco de humo
 en tu presencia :
 si quieres darme licencia,
 objeto amado,
 seré tu humilde criado
 y fiel amante;
 mira que soy estudiante.
 Dam. Caballero,
 no os precieis de lisongero,
 que aunque fea,

no me impide aunque lo sea
 á ser querida :
 no os canseis, por vuestra vida,
 en tal intento,
 que es malograr el talento
 en tal quimera,
 aunque yo dichosa fuera
 en mereceros.
 Est. Pues el dejar de quereros
 bella aurora,
 imposible es por ahora;
 y así os pido
 que recibais de Cupido
 aquesta flecha,
 advirtiendo que está hecha

de mi afecto;
quisiera tener acierto
en esta empresa,
y pues que me tienes presa
toda el alma,
no me dejes en tal calma,
dulce hechizo.

Dam. Caballero ya os he dicho
que soy coco,
y que no queráis ser loco
en pretenderme,
porque mas es ofenderme
que alabarme:
sirvase usted dejarme
en cortesía,
y dejad esa porfía.

Est. Qué jes posible
que te muestres tan terrible,
pino de oro,
preciosísimo tesoro
de hermosura!
soy humilde criatura,
te confieso;
truécame siquiera un beso
por un cuarto.

Dam. Apártese el mentecato,
que me enfada,
y advierta que soy honrada,
y con marido
¿ha visto y qué presumido
es el galante,
siendo muy grande ignorante
y mal mirado,
y un poco desvergonzado
en sus razones?

Est. ¿A mí, que traigo calzones
y te quiero,
y traigo mucho dinero
en el bolsillo?
Déjate dar un besillo
al rostro hermoso.

Dam. Ya he dicho al mocoso
monaguillo,

que es un desvergonzadillo,
zampa bollos,
vaya á echar calzas á pollos
y acostarse,
y tambien puede arroparse,
que está frio.

Est. Mejor dijeras al rio
de mi llanto,
que cierto es, siento tanto
el enojarte,
que quisiera ya dejarte,
mas no puedo,
porque tienes tal denuedo,
garbo y talle,
que aun estando en la calle
me provoca
lo perfecto de tu boca
á un grande esceso.

Dam. ¡Qué grandísimo camueso
y porfiado
parece el seor licenciado!

Est. Pues mortero,
con tu cara de puchero
mal cocido,
la del gesto relamido,
mondonguera,
descubre esa calavera
mal formada,
de postillas empedrada;
cobertera,
gorroncilla, cantonera,
sapo hinchado,
la del ojo solapado
y repodrido,
que habia de estar molido
entre dos cantos;
calumniadora de santos,
carcomilla,
leona con campanilla.

Dam. Deslenguado,
galopin despilfarrado,
¿que tal digas?,
tesorero de las migas

color de cisco,
manga de fraile Francisco,
vil persona,
puerca, cochina, meona,
gallina clueca,
hospital, casa de Meca,
mal nacida,
de camellos seas comida,
y tu cuerpo en su grosor
sea cortado,
véalo yo desparramado
por el suelo.
Andes siempre entre los piés,
de tal fuego seas quemada
cual Sodoma,
ó véate yo tornada
en carcoma.
Y porque mas no me persigas,
bellaca mal inclinada,
seas roida
de hormigas, y horadada
de gusanos.
El agua y el sol te falten,
deseche de tí la fiebre
tus raigones
y te pelen con azadones.

Dam. Lo que tú dices te venga;

adios, cuero,
morcilla sin atadero,
Baco os guarde,
porque se me hace tarde,
señor lacayo,
narices de papagayo,
sin provecho,
mírame a este ojo derecho,
de trapos lio,
soplon, legañoso, judío,
soniquete,
con todos los diablos vete
á tu estrecho.

Est. ¡Oh qué gran merced
me has hecho!
que si admitieras,
como tú estás me pusieras,
galga hambrienta,
meson de ciento y ochenta,
y el dinero me llevaras,
y tal peste me pegaras,
tal quedara,
que en el hospital penaras
emplastado;
y pues que de tí me he librado,
cara de vaca,
tómame esa matraca.

MADRID.—Despacho: Hernando, Arenal, 11.